

DESDE EL SUR
TE LO DIGO

DESDE EL SUR
TE LO DIGO

DE ANTONIO
GALA

EDICIÓN DE PEDRO J. PLAZA

Arroyo de la Manía, diez-once

Aquí existe tú.

forceste bajo este palacio

biste a casa a otros países

te baste a este luz los ojos.

Por que a casa

te acercaste a le inpie truel o al pro

de al pie de que true

supiste que la vide

no en un jardín de vos.

me operaba, sin saber ni existente,

en este pueblo amargo y solado.

me hallaste y te tuve.

dejo volviste, con los ojos cerrados,

a este amargo y a este el

22 - VI. 88

NOTA A LA EDICIÓN

«Solo me queda el goce de estar triste, / Esa vana costumbre que me inclina / Al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina»; así cerraba, con suma y habitual maestría, Jorge Luis Borges, el ciego más lúcido que jamás nuestra literatura haya conocido, el segundo soneto del díptico llamado «1964». Y es que el Sur, monosílabo, mayúsculo, contiene en sí mismo una suerte de concepto universal, un sentimiento desbordado, una intuición primigenia, un pálpito inefable: un lugar común de la cultura meridional que el joven Antonio Gala visitaba melancólico en unos interrogantes heptasílabos y endecasílabos publicados en la revista *Platero* —la cual editaba su amigo Fernando Quiñones— ya en el año 1953: «[...] ¿qué otra cosa es posible / para los que nacimos en el Sur, / sabemos el impío / secreto de las selvas y bebemos / la púrpura del Sol de Mediodía?».

Desde el Sur te lo digo pretende ahora, de esta manera, ser el bitácora lírico de un viaje tan dinámico como inmóvil por los muy diversos recovecos de nuestra provincia; por ello, cada uno de los poemas aquí recopilados ha sido escrito, por la mano del autoproclamado poeta cordobés, en tierras o aguas malacitanas. Quizá no están todos los que son, pero, sin duda, sí son todos los que están: el conjunto completo, por vez primera, de la poesía que Gala ha dedicado a Málaga, para Málaga, desde Málaga.

El susodicho periplo prometido comienza, pues, a través de *Testamento andaluz* (CajaSur, 1998), un armonioso mosaico del que hemos tomado, para la presente ocasión, las tres teselas, o sea, los tres momentos eternos, que acaecieron en tres puntos distintos de Málaga: el primero, a medianoche, en una playa de El Palo, donde el yo poético goza de una genuina experiencia mística: «Supe que estaba Dios, / y que la arena y tú / y el mar y yo y la luna / éramos Dios»; el segundo, en las calles de Ronda, donde

amante y amado reunidos se descubren por el Tajo; el tercero, en una plaza de Marbella, donde la vida, como nunca antes, sobreviene para reafirmarse: «Aquí, bajo un naranjo, sobre un banco, / una tarde cualquiera, / con el aire a sus pies, se confirmó la vida».

Y la aventura prosigue, discurriendo aún por la geografía más íntima, la del amor y el desamor, y entonces el vate, confiado, nos invita a penetrar con él los jardines abundantes y verdes, las tan acogedoras estancias de La Baltasara —finca sita en la villa de Alhaurín el Grande—: su casa última, su hogar siempre soñado. Estas doce escenas, estos doce poemas —liberados por fin de varias erratas despistadas—, proceden de *El poema de Tobías desangelado* (Planeta, 2005), libro que ha de suponer, según el testimonio del propio Antonio Gala, su gran legado literario de cara a la posteridad. Leyendo con tesón hallaremos, renovada en la pasión, la bíblica historia de San Rafael, ángel, y Tobías, hombre; acariciaremos los lomos de Zegrí y Zagal, dos de los fieles perriños que acompañaron, tanto tiempo, a Gala; respiraremos, además, la dulzura que brota entre los muros atónitos de la morada: «A la luz de las velas yo te amo. / La carne se suaviza / y nuestras sombras tiemblan / en las paredes avarientas»; escucharemos en la distancia y en silencio la súplica por el regreso: «Desde el Sur te lo digo. / Desde el Sur mismo que echo en falta hoy. / Vuelve si puedes [...]»; nos agitaremos ante la inocente sorpresa emanada de la rendición necesaria: «Me reservó la vida / para el fin la dulzura»; o lloraremos, incluso, al son de un sumiso dolor: «No quiero liberarme, por ser tuyo, / de este sabio dolor que me extermina».

Sabemos que «Un pueblo visitado» —también natural del *Tobías*— fue escrito en Málaga porque, en *Poemas de amor* (Planeta, 1997), rezaba un título algo diferente: «Un pueblo de Málaga»; a la vista de la descripción que proporciona, dejaremos que cada cual extraiga sus conclusiones. En cualquier caso, disfrutaremos todos del obsequio de su manuscrito original que, curiosamente, no es otra cosa que una frágil servilleta de papel. Por último, con inmensa generosidad, a esta edición han regalado Antonio Gala y Luis Cárdenas, su secretario, dos poemas inéditos hasta hoy: el

uno habla otra vez de sus buenos perrillos; el otro canta la consecución y pérdida de un amor en sus estrofas, en su estribillo; ambos se compusieron, asimismo, en el retiro espiritual de La Baltasara.

Querida lectora, querido lector: sed a estos versos bienvenidos, *et ponite illos ut signaculum super cor vestrum*.

PEDRO J. PLAZA

PLAYA DE EL PALO

Aún eres mío, porque no te tuve.
Cuánto tardan, sin ti,
las olas en pasar...

Cuando el amor comienza, hay un momento
en que Dios se sorprende
de haber urdido algo tan hermoso.
Entonces, se inaugura
—entre el fulgor y el júbilo—
el mundo nuevamente,
y pedir lo imposible
no es pedir demasiado.

Fue a la vera del mar, a medianoche.
Supe que estaba Dios,
y que la arena y tú
y el mar y yo y la luna
éramos Dios. Y lo adoré.

RONDA

Nada está fuera de su sitio aquí.
Luminosa y en alto,
la ciudad nos sosiega.

La vejez y la infancia, para darme
más pronto y más entero,
concurren a la cita.
El futuro fue ayer,
y estamos los que estábamos.
En vez de dividir, el Tajo reúne.

De antemano se hallaba
en mis ojos de niño.
Pero los apartaron del espejo
que eras tú, amor, amor,
para que me mirara en todo lo demás.
Y en todo vi tus ojos
—y los de aquellos que nos precedieron—
reflejando los míos.

Por ti comprendo el mundo, amor, amor,
y su trémula historia.
Por ti comprendo el frío de los dioses,
que nacieron para servirnos.

PLAZA DE MARBELLA

El amor es en demasía breve,
o ancho en demasía:
no tiene la medida de esta plaza,
donde sonríen los pulcros
convidados de agosto.

Para llegar a ella
paisajes incontables recorrí.
En ella se me dio la explicación
que la vida le debe a cada ser:
la sencillez del mundo,
la franquicia del mundo,
el único sentido con el que fue creado.

A esta remota plaza me reduzco.
Aquí, bajo un naranjo, sobre un banco,
una tarde cualquiera,
con el aire a sus pies, se confirmó la vida.

En esta plaza me preferiste al mar,
y yo fui el mar.

LA BALTASARA
ALHAURÍN EL GRANDE

[1]

Dices «me voy», y no te vas ni puedes.
El ala que de mí te alejaría
la muevo yo, porque también es mía:
yo soy la condición de tus mercedes.

Tú me enredaste, arcángel, en tus redes.
Volar sin mí, imposible te sería,
porque soy tu pretexto de alegría
y la condena de que aquí te quedas.

La ocasión de tu humana vestimenta
mi necesidad fue; no alardees tanto,
que yo aprendí de ti más de la cuenta.

Si no te gusta el aire de mi canto,
otro aire celestial distinto inventa;
pero estaremos juntos entretanto.

[II]

Nos mojaba la lluvia las mejillas
momentos antes de que el sol las besara...
Dos arcos concéntricos enjoraron el cielo.
Sobre el oscuro gris, marengo casi,
desplegaron sus colores de gloria.
Nos miramos con la seguridad
de que una mano afectuosa
desprendía sobre nosotros
la paz y la alegría.

[III]

Una vez más, Zegrí, te ha vencido tu hijo.
Te ha lisiado una mano
y cojeas también.
¿Nunca comprenderás
que él es más fuerte,
más joven y más grande?
Estás lleno de pesarasas cicatrices;
pero, a pesar de todo, sigues plantando cara.
Está bien, está bien...
Me hacéis sufrir;
pero quizá sea yo quien no comprende...

Esta noche te he subido a dormir
en mi ancha cama insustancial.
Te he librado de dos cadillos secos.
Te he regalado un premio inmerecido.
Te he acariciado con ternura
como cuando eras un cachorro gordito y dormilón.
Es lo que sigues siendo...

Tú me has lamido
larga, largamente,
con una correspondencia minuciosa.
Te has acostado junto a mí
suspirando un poquito,
con entregado abandono y boca arriba...

Pero, cuando iba ya a apagar la luz,
te has bajado y has ido hacia la puerta
pidiendo que te dejara
ir con los otros, Zegrí.
Con los tuyos, Zegrí.
A dormir con los tuyos...
Y he entendido.
Igual le ocurre al ángel.

[IV]

A la luz de las velas yo te amo.
La carne se suaviza
y nuestras sombras tiemblan
en las paredes avarientas.
Con soltura jugamos
a perdernos de vista, y a tientas recobramos.
Y titila el amor, sin extinguirse,
con el jadeo voraz de las caricias...

Veo tu rostro junto al mío,
en los bordes del vértigo,
lo mismo que si un encaje lo cubriera,
y me oprimen tus manos
con la certeza del amo y con su orgullo.

En los dos pozos de tus ojos
bebe la oscuridad igual que una paloma
inclinada sobre una fuente.
Y yo bebo en tu boca
oyendo el chisporroteo de las velas,
envidiosas de nuestros suspiros.

Luego, de un soplo, apagaré yo una;
la otra, tú, con un matacandelas.
Dos hilos de humo ascenderán temblando,
y entonces nos miraremos sonrientes,

secuaces para siempre del azar,
entre buenos augurios,
en brazos de la noche...
Quizá sobran las velas.

[V]

Tomábamos cerveza al ron, ¿te acuerdas?
Sí, te acuerdas: la última vez fue anoche.
Y nos mirábamos sobre las grandes copas,
mitad en serio y mitad en broma,
con la euforia del ron entre los labios,
con el presentimiento de los besos...

No era necesario decir nada:
solo pedir una cerveza al ron,
que en ocasiones compartíamos, ¿te acuerdas?
Sí, la última fue anoche.
Y dábamos por descontado que nos desnudaríamos,
uno en brazos del otro,
igual que el ron y la cerveza,
buscando su complicidad y su contento
nuestros miembros mezclados
como los bienes gananciales...
El frío de la bebida nos templaba la piel
igual que el vaho de un animal querido,
y nos abrillantaba los ojos, en que nos sumergíamos
recíprocos en el deseo y en su fiel cumplimiento.

No sé si la mezcla del ron y la cerveza
burlaba la distancia entre nosotros,
o más bien era el amor quien preparaba la bebida
y quien nos enlazaba, repentino, las manos.

Pero, en cualquier caso, la cerveza y el ron
fueron unos gustosos compañeros de viaje.

¿Te acuerdas? Por supuesto, ¿cómo no has de acordarte?
La última vez que los bebimos,
y nos bebimos uno a otro,
fue anoche apenas. Solo cabe una duda:
cuál de los dos fue el ron y cuál fue la cerveza.

[VI]

Para los otros eras deslumbrante.
A mí viniste como una luz velada.
Con la osadía, remota y diluida,
de quien atiende en silencio a un enfermo.
Apenas te miré. Oírte no te oía.
Los demás te escuchaban de otro modo.
Yo aguardaba que el fruto me tentase en tus ramas,
costoso y precoz y único...

Habías de atravesar dilatados
desiertos sin palmeras ni sombra.
Si lo lograbas, yo te recibiría.
Pero desnudo de palabras, de gestos, de ropajes:
eso, para los otros;
incluso para ti, por no encontrarte solo.
Sin embargo, yo solo te aguardaba:
desusado, caído y sin aureola...
Yo esperaba el tú inasible, ya posado en mi brazo.
No pensé amarte nunca:
tanto me recordabas
a quien yo fui, soberbio, desafiante
pero vencido de antemano.
Yo me veía en ti: secreto como un libro leído;
en tus pequeños triunfos inventados,
que te forzabas a creer tú mismo,

y en tus desfallecimientos momentáneos...
Lo prodigioso ayer era pueril ahora...

Ignoro cómo surgió el amor,
de qué simiente, con qué soles,
en el regazo de qué forzosa primavera.
Quizá te amé porque me amabas.
Ahora, sin paz firmada todavía,
cada vez que te acercas me pregunto
por qué me dueles tanto...
Y, torpe, no acierto a responderme
pendiente de tu faz,
es decir, de mi faz en el espejo.

[VII]

Te tomaré la mano.
Te mostraré mi fracasada geografía.
Aquí solía estar mi pensamiento;
aquí, mi corazón —te diré—,
que tanto se ha excedido.
Esta era mi cintura,
que supo el nombre de las constelaciones.
Y este, mi anhelo,
que esperaba y que desesperaba.

Desde el Sur te lo digo.
Desde el Sur mismo que echo en falta hoy.
Vuelve si puedes: aquí está la verdad
siempre que tú la traigas con tus alas.
Como en mi fracasada geografía,
batida por un aire adolescente
y un sol despótico y una indecisa agua
y una vaga promesa de fortuna...

Aquí solía estar mi pensamiento.
Y aquí, mi corazón.
Búscalos tú. Deséalos con los tuyos,
y acaso los encuentres.
Si es así, aduéñate de ellos: no lo dudes...
Estas laderas fueron
satinadas, recientes, terrenales...

Estas zonas sombreadas
ardían... Estas luces, que apenas brillan,
regían la llegada de las proas,
e inolvidable música vertía su latido...
Ya todo se ha olvidado;
pero búscalo. Deséalo, renuévalo,
invéntalo de nuevo...
Porque casi es de noche.
Desde el Sur te lo digo.
Ese Sur que tampoco existe ya...

Recuérdalo, ángel:
el Sur y yo solo en ti pervivimos.
Tú eres el responsable de nosotros.

[VIII]

Me reservó la vida
para el fin la dulzura.
Igual que un postre hecho por tiernas manos,
puesta la mente en alguien
que va a llegar exhausto
y que sonreirá ante la sorpresa...
Igual que un postre,
la vida me guardaba para el fin la dulzura.

Llegaste rodeado de versos y de pájaros.
Llegaste volando muy despacio, volando
con la manzana del amor en la boca:
lo mismo que esas que hay, de rojo caramelo,
en los puestos humildes de las ferias.
Llegaste con el nombre
de los luceros aprendido,
con el desasosiego y el estupor de los adolescentes
y también con su seguridad desafortada.
Traías enredaderas en los brazos
y me mirabas como si nunca hubieses
dejado de mirarme.
Como si todo en este mundo dependiera
de aquel hilo de Ariadna
que ataba nuestros ojos...

Te acercaste
como un funambulista sobre el hilo;

te apeaste en mis ojos,
entraste en mí por ellos,
asombrados de la visita deslumbrante,
sin preparar la entrada de mi casa,
sin asear los cuartos y deshecha la cama...
Ya no esperaba a nadie. No sabía
que decidió la vida reservarme
para el fin la dulzura...

Nunca creí en mi suerte, ni aun entonces.
Abatí párpados, atranqué las duras
puertas del corazón.
Cerré ventanas, eché estores, corrí muebles,
oscurecí paredes encaladas, clausuré
las rosas últimas, rechacé los crecientes de la luna...
Me senté jadeando,
solo ya para siempre.

Pero tu mano recogió
la mía. La besaste.
Con un fragor gozoso
se vinieron abajo mis defensas.
Desde entonces estoy
desnudo como un niño confiado
que se abandona al aire cariñoso,
a la tierra materna y mecedora,

al sol y al agua vivos...
Como el niño, vuelto de la orfandad,
que aprende el secreto increíble:
para él la vida ha reservado
un final de dulzura.

[IX]

Adiós, años felices o infelices,
tiempo bien compartido.
Adiós, juegos, carreras, saltos.
Adiós, pequeñas cosas
cuyo olor te frenaba de repente.
Adiós, miradas súbitas y mutuas
de amor y entendimiento
a espaldas de los otros.
Adiós, Zagal, muchacho, guapo perrillo mío,
amado por los ángeles.
Exigente y celoso,
compañero fraternal insaciable...

Me enseñaste lo que es el éxtasis, la entrega,
el entero abandono entre mis manos.
De ti aprendí la atención y la dependencia
de quien se ama...

Estabas ciego y sordo del todo
y cojeabas tanto...
Aquella aciaga tarde te dejé
dormido en un sofá.
Tú te tiraste de él sin hacer ruido
y diste con la recóndita escalera
de mi estudio. No sé cómo subiste.
Yo oí tu roce en la madera antigua

de la puerta. La abrí, y estabas tú
jadeante y tembloroso.
Te cogí entre mis brazos. Descansaste
en mi hombro izquierdo tu cabeza,
y allí dejaste que la muerte
te llevara consigo.

Ahora yaces debajo de las flores.
Y a mí solo me quedan
las medicinas tuyas
y el recuerdo agridulce para siempre.

[X]

Por encima del hombro de la dicha
yo aceché la llegada
de otra dicha mayor.

Perdí el hoy y el mañana:
tú no vuelves dos veces.
Debió satisfacerme
tu disfraz de mancebo,
o debí adivinarte —divina adivinanza—
y asirte de las alas, entonces no visibles,
para que no te fueras, por encima del hombro.

[XI]

De uno en uno llegaron todos los conocidos.
Hay otros que se anuncian,
y alguno más, cuyo nombre y origen
ignoro aún.

Acabarán por recibirse
los unos a los otros, casi ausente yo ya...
Surgen de pronto, como
una efímera broma
que no va a prolongarse, y se instalan
para siempre. Hacen un hueco
entre los precedentes
por caber más en un menor espacio...
O vienen cuando duermo y me despiertan.
O creo haber soñado y los encuentro
desayunando con los anteriores.
Unos se aíran y muerden
como rabiosos animales;
otros lamen apenas al principio
hasta tomar seguridad y fuerza...
A veces pienso que carezco
de lugar para tantos;
pero ellos se organizan,
hacen guardia por turnos.
Se adormecen, o fingen
para lograr que me adormezca yo...
Nunca me dejan solo,

libre de ver salir o recogerse
la luz bajo los cielos...

Sé que se multiplican y me asaltan.
Con mis dolores solo acabará la muerte.

[XII]

Ya han dejado caer sus chorros malvas
las glicinas en torno al cenador
en el que nos aislábamos.
Ya los ramos perfuman
de los jacarandás y las acacias.
«Te querré hasta la muerte y más allá», dijiste.
Los ángeles no mueren...

Ahora yo me pregunto
dónde se oculta la razón de la vida...
Qué fácil fue hasta hoy...
Sin ti, llegó la niebla y nada queda.
Sin ti, yo ya no estoy. No existo a solas.
No tengo cuerpo si no lo tocas tú.
No he visto nunca mi cuerpo sin tus ojos
ni he acariciado, sin tus manos,
mi piel junto a los mirtos del jardín...
O eso al menos pienso hoy...
Me entiendes bien: ese es tu mismo caso.

Tu compañía era la vida:
la explicación de todo, la evidencia,
el porvenir de todo, el centro
de los astros y de la casa.
Nunca creí que un trece y martes fuese
tan cruel... ¿Dónde estará tu boca que me amaba?

¿Habré de enmismarme, igual que antes de ti,
sin mirar hacia fuera, ciego al orbe
que unificabas tú?

¿Habré de ensombrecerme para que nadie
me pregunte qué fue de mí
durante el tiempo que volé contigo,
es decir, el tiempo único...?

La luz del día no servirá de nada:
la incierta luz que tú encendiste
con tu adivinación de gestos y deseos a oscuras...

Se terminaron nuestros encubrimientos,
que hacían tan innecesarias las palabras
como el falso calor de la lujuria:
éramos uno solo, fuerte y grácil.

Tobías y el ángel, una memoria y una profecía...

¿Tendré que aborrecer el amor por tu culpa?

No, ningún trece y martes
fue tan cruel. ¿Por qué?

¿Qué música hubo comparable
a tus gemidos en mis brazos?

A nuestras carcajadas de ayer, ¿qué música equivale?

No quiero liberarme, por ser tuyo,
de este sabio dolor que me extermina.

¿Quién eligió el aire o el sendero

por el que tú desapareces?
El sendero que yo debo seguir,
porque sin ti no vuelo,
cuando empiece a olvidarte. Sé que entonces
te echará aún más de menos el imposible olvido.
¡Y en el mundo que calla alrededor
no sucederá nada!

No, no, ningún martes y trece pudo ser más cruel.

UN PUEBLO VISITADO

Aquí naciste tú, áptero todavía.
Te embelleciste bajo estas palmeras,
oíste acaso estos pájaros
y te bañaste en esta luz los ojos.
Por esta misma acera
te aproximabas a la inquietud o al embeleso,
y a los pies de esta torre
supiste que la vida
era y no era un lecho de rosas.
Me esperabas, sin saber mi existencia,
en este pueblo amargo y soleado.
Y me hallaste, y te tuve.
Luego volviste, cerrados ya los ojos,
a esta amargura y a este sol.
Solo para ausentarte.
Para cumplir tu enigma.

En la mar de la alta yerba,
en la mar
vi a mis perrillos saltar.

Contracorriente del viento,
entre el olor a azahar,
en la alta mar.
El verde los ocultaba
en la mar.

Vi a mis perrillos nadar
en la alta mar de la yerba,
en la alta yerba del mar.
En la mar
vi a mis perrillos saltar.

Inédito

Ni fue mañana de mayo
ni fue mañana de abril,
que fue una noche de enero
cuando me dijo que sí.

La campana de sus besos
repiqueteando en mí,
la fragancia de su risa
como una flor de alhelí.

No fue mañana de mayo,
no fue mañana de abril.

La nieve de su mentira
le albeó todo el decir.
El hielo gris de sus nubes
le cubrió todo el año.

Que fue una noche de enero
cuando me dijo que sí.

No hay más que noches de enero,
que no hay mañanas de abril.
Que no hay mañanas de mayo,
que no hay mañanas sin ti.

Porque fue noche de enero
cuando me dijiste que sí.

ARROYO DE LA MANÍA
TÍTULOS PUBLICADOS

1. *Homenaje que los poetas de Cántico dedican a su pintor, Miguel del Moral, en su centenario*. Edición de Pablo García Baena. 2017. 2.ª ed., Fundación Bodegas Campos. Córdoba, 2017.
2. *Álbum de coplas de amigos que Salvador González Anaya regaló a su nieta, María Rosa Aublin*. Edición de Rafael Inglada. 2017.
3. Zoé Valdés, *La gana sagrada*. Selección y nota a la edición de la autora. 2018.
4. Erik Satie, *Deportes y diversiones*. Edición bilingüe de Juan Manuel Bonet. 2018.
5. *Inter-nautas en la red. Poesía emergente en Málaga, I*. 2018. Edición de Rafael Inglada. Nota de José Infante. 2018.
- 6-7. Fernando Merlo, *Tibias cobras de veneno breve. Sonetos completos*. Edición de Rafael Inglada. Nota de José María Baez. Epílogo de Gloria Merlo. 2018.
8. José María Prieto, *12 sonetos de El tiempo sostenido*. 2018.
9. Pablo García Baena, *Dos letanías y otros 14 poemas de ocasión*. Edición de Rafael Inglada. 2018.
- 10-11. Antonio Gala, *Desde el Sur te lo digo*. Edición de Pedro J. Plaza. 2019.

Colabora:



Interior: Manuscrito de Antonio Gala sobre una servilleta
Primera versión de «Un pueblo visitado» (1988). Col. del autor

© Antonio Gala
© De la edición: Pedro J. Plaza González
© Ingla**ed**iciones

Dep. legal: MÁ. 1425-2018

La colección *Arroyo de la Manía* solamente está disponible en Librería Áncora, Málaga, y a través del editor

DESDE EL SUR TE LO DIGO
DE ANTONIO GALA
NÚMERO 10-11
DE LA COLECCIÓN
ARROYO DE LA MAÑÍA
CONSTA DE UNA TIRADA DE 50 EJEMPLARES
PARA AMIGOS
EL ÚLTIMO PLIEGO
DE LA PRESENTE ENTREGA
AL CUIDADO DEL DIRECTOR
DE LA COLECCIÓN
RAFAEL INGLADA
FUE TIRADO EN LA IMPRENTA SIAGRAF
DE MÁLAGA
EL 5 DE ENERO DE 2019

